



ELENA CASTILLO

LA CHICA DE WOODSTOCK

«Una oda a la música, la libertad
y el amor», Alexandra Roma.

CROSS
BOOKS

ELENA CASTILLO

LA CHICA DE WOODSTOCK



CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Elena Castillo, 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: abril de 2025
ISBN: 978-84-08-30078-6
Depósito legal: B. 5.321-2025
Impreso en España

Pág. 10: *With A Little Help from My Friends* © The Beatles. Sony / ATV Music Publishing LLC, TuneCore Inc., 1967. Interpretada por John Lennon / Paul McCartney y versionada por Joe Cocker.

Pág. 12: *Rainy Days and Monday* © The Carpenters. Universal Music Publishing Group, 1974. Compuesta por Paul H. Williams / Roger S. Nichols.

Pág. 82: *Comes My Baby* © The Tremeloes. Angusa Music Co. Ltd., Angusa Music Limited, 1968. Compuesta por Cat Stevens.

Pág. 120: *Let's Live for Today* © The Grass Roots. Universal Music Publishing Ricordi Srl., 1968. Compuesta por Giulio Rapetti Mogol, Norman David Shapiro, Michael Julien.

Pág. 242: *"Fish" Cheer / I-Feel-Like-I'm-Fixin'-to-Die Rag* © Country Joe & The Fish. Alkatraz Corner Music Co., 1967.

Pág. 282: *Heaven and Hell* © The Who. Universal Music Group, 1969. Compuesta por John Entwistle.

Pág. 393: *The Wind* © Cat Stevens. Cat Music Ltd., Cat Music Limited, 1971.

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Capítulo 1

Lennon

Octubre de 2002, Los Ángeles

Dos años antes del estreno de Verano en Acuario

¿Por qué precisamente ahora?

Han pasado cinco años y reconozco que durante todo este tiempo no he hecho absolutamente nada interesante para llamar su atención. Él sí. Dustin Davis ha triunfado a lo grande, se ha hecho de oro y no hay un solo ser humano en el planeta que no sepa su nombre.

¿Por qué ahora? ¿Por qué yo?

No es que terminásemos mal, nunca nos peleamos, es solo que nuestras vidas tomaron rumbos diferentes. Y bueno, siempre he pensado que ellos dos harían las paces, que volverían a ser amigos, y tenía claro que yo no volvería a estar en medio, no quería. Ni en medio ni cerca del innombrable.

Borro el correo electrónico recibido por quinta vez y escucho la última repetición del estribillo de *Rainy Days and Mondays*, canción de The Carpenters con la que voy a cerrar hoy mi programa de radio. La banda sonora de mi vida suena de fondo a cada paso que doy, de forma precisa y oportuna.

Hangin' around
Nothing to do but frown...

Pues sí, tengo el ceño fruncido porque odio ver cómo la lluvia se desliza por el cristal de la ventana del estudio y tinta con nostalgia toda esta incertidumbre mía. Y porque es lunes. Así soy yo: Lennon Park, metro cincuenta y seis de mal genio, cuarenta y ocho kilos de materialismo, buscavidas desde 1973.

Dejo los auriculares junto a la mesa de mezclas, echo hacia atrás la silla de ruedas del estudio para poder estirar los brazos y las piernas, y saludo alzando la barbilla a Benny, que está al otro lado del cristal. Los oyentes que continúen sintonizando esta emisora indie de Los Ángeles van a sumergirse durante dos horas en un tecno pop que les hará avanzar un par de décadas en el tiempo. Mi compañero entra dispuesto a relevarme en mi asiento en cuanto se apaga el piloto rojo que hay sobre la puerta del estudio.

—Informe de atascos —le pido como saludo.

—Parece Acción de Gracias en la 405 —responde, sin un atisbo de sonrisa.

Lo miro con condescendencia y él resopla. Ambos echamos de menos el turno de noche. La madrugada descongestiona los carriles que parecen pistas interestelares de ciencia ficción en hora punta, franja en la que nos encontramos ahora a las siete de la tarde. Pero la audiencia decide y la emisora considera que los dos somos los que generamos más oyentes. Y al menos ahora puedo ir a Buddy's con más frecuencia. Es cierto que la mayoría de las noches salgo del bar con dolor de oídos y con la sensación de que la buena música murió a mediados de los setenta, pero otras... ¡Oh, hay otras en las que la magia existe!

Camino impasible bajo la lluvia hacia la boca de metro,

protegida por la capucha de mi sudadera de los Rams. Si creyese en las señales del destino, sumaría a la lluvia el hecho de que hoy es primer lunes de mes, y que, por lo tanto, Richard me estará esperando con un cubo gigante de palomitas con mantequilla y un refresco de cereza con mucho hielo. Como esta incertidumbre se está convirtiendo en un pensamiento taladrador, freno en seco al pasar frente a un cibercafé y ocupo el primer asiento vacío que alcanzo. Mi intención es rescatar el correo de entre los últimos enviados a la papelera para darle por fin una oportunidad y leerlo. Pero no hay necesidad de hacerlo, porque en el buzón de entrada vuelve a estar el suyo entre once nuevos correos de desconocidos con archivos de audio adjuntos.

Enfoco la vista en el mismo *mail*, enviado por la misma persona y con las mismas palabras en el asunto: «Te necesito».

Me lo ha enviado ya ocho veces desde ayer. Odio que, después de tanto tiempo, Dustin siga siendo capaz de adivinar mis reacciones, mis impulsos primarios, que me conozca tan endemoniadamente bien como para saber que borraré sus correos uno tras otro, que solo puede llegar hasta mí insistiendo hasta la extenuación.

Pero esta vez no. No voy a ceder.

Vuelvo a enviar el *mail* a la papelera sin abrirlo, pago por los minutos de uso de la red a un chico con tres pendientes de aro en la nariz, y alzo la barbilla reafirmandome en mi testarudez antes de volver a salir a la calle. Imprimo ritmo a mis Vans, que chapotean sobre la acera mojada, y me obligo a enviar mi pensamiento sobre este asunto a la papelera de mi mente.

Tras un buen rato de trayecto, paso por Leimert Park y, al poco, ya puedo distinguir el luminoso donde se anuncia que se va a proyectar *Baile en la luna* como si fuera el gran estreno

del mes en el Baldwin Cinema. Sin embargo, no es más que una tradición impuesta por Richard en su pequeño cine de barrio, uno que ostenta el título de ser el segundo más antiguo en la ciudad de las estrellas. Sorprendentemente, sigue siendo rentable, aunque solo ofrezca reposiciones de películas antiguas. Supongo que el mundo está lleno de románticos y, concretamente, en esta ciudad hay un montón de almas que sueñan, de alguna manera, en formar parte de la industria del cine mientras intentan aprender de los clásicos.

¿Le habrá enviado Dustin un *mail* a Richard también?

El metro ochenta de piel color ébano y curvas bonachonas me saluda con un baile de pies a lo Elvis Presley, y, como siempre, logra arrancarme una sonrisa mientras en mi cerebro suena *Heartbreak Hotel*.

—Deberías mudarte a Crenshaw. Te lo he dicho un millón de veces, te ahorrarías un montón de tiempo.

—Vengo de la emisora, no de casa. Y ya sabes que no me gusta destacar —le digo tras ponerme a resguardo bajo el techo de la fachada pintada de un azul eléctrico, junto a la taquilla de venta de entradas.

—No llegas al metro sesenta, te aseguro que aquí no destacas en absoluto. De espaldas pareces una japonesa más de tercera generación del barrio y quien abra tu despensa podría apostar su vida a que es cierto.

—Nadie abre mi despensa, Richard. Nadie viene a visitarme. —Lo miro de forma acusatoria.

—Porque vives al este del Downtown, rodeada de hípters y artistas excéntricos —recalca él.

—Qué quieres que te diga, Melrose se salía de mi presupuesto. —Echo la cabeza hacia atrás para mirar sus enormes ojos oscuros, saltones y expresivos—. ¿Por qué seguimos teniendo siempre la misma conversación absurda?

—Porque soy un hombre de costumbres. Y Annie tam-

bién es alguien de costumbres, por eso tienes una fiambarrera llena de pollo frito y puré de patatas en mi oficina que debes llevarte a la salida.

Cruzamos la entrada y nos dirigimos primero al mostrador de palomitas y dulces; mientras avanzo, voy dejando un reguero de pisadas mojadas sobre la moqueta burdeos, que desprende ese olor característico a humedad y a desinfectante.

—No sé por qué a tu mujer le ha dado por alimentarme con la receta de su bisabuela.

—Porque tienes que comer algo más que fideos instantáneos y esos pasteles de arroz que compras cuando hay cupones de oferta en ese mercado oriental al que vas, y porque eres mi mejor amiga y por ello el amor de mi vida te considera de la familia. Le caes bien.

—Eso es mentira, yo no le caigo bien a nadie. Ni siquiera a Annie.

Richard sale de detrás del mostrador y me entrega un cubo gigante de palomitas y un refresco, luego echa su brazo por encima de mis hombros y me atrae hacia él como si fuera un oso recolocándose una mariposa en el regazo.

—Eso es cierto —afirma con vehemencia.

Me meto en la boca un puñado de palomitas, y cuando la mantequilla se derrite, gimo de placer. Me importa menos que un pie caerle mal a la gente. La gente en sí me importa menos que un bledo. Los seres humanos son complicados, inestables, traicioneros, egoístas y fugaces. Yo misma soy todas esas cosas ahora, por culpa de la persona en la que no quiero pensar, pero no tengo más remedio que aguantarme a mí misma.

Hoy hay unas veinte personas dentro de la sala, pero la reacción frente a la película que están a punto de ver sigue produciendo dentro de mí una ansiedad fastidiosa.

Mi película. *Nuestra* película. Aquel baile sobre la luna que nos unió para luego separarnos. Es lo único que sigue vivo tras el desastre, y Richard me tortura una vez al mes con esta especie de ritual porque considera que necesito tenerlo como punto de referencia. Es la única película que no falla en su programación mensual, quizá porque es mi mejor amigo y cree que necesito regresar a ese momento de mi vida. Quizá porque también le recuerda unos días que fueron absolutamente fabulosos y emocionantes para él. En realidad, fue la mejor época para todos. Odio reconocer que fue así, que después de eso no he vuelto a vivir días en los que parecía que todo estaba iluminado por unos focos enormes.

Tras ciento cuarenta y siete minutos de viaje al pasado, las luces de la sala se resisten a encenderse. Richard no lo hará hasta que terminen de pasear hacia arriba los créditos finales de la película. Es el momento en el que yo siento cómo algo comienza a burbujear en mi interior.

Música original de Erick Lauder.

Como siempre, aquí está la sensación molesta, esta opresión en el pecho, las ganas de gritar, los flases con decenas de risas, de besos y abrazos, de gritos y saltos, de sábanas revueltas por las noches y de días tan brillantes que cegaban. Todo se sucede a velocidad supersónica por mi mente.

—¡Ahhhhhhh! —grito como una verdadera psicópata, y lanzo con rabia hacia la pantalla el resto de las palomitas que quedan dentro de mi cubo de plástico.

Inmediatamente después, aparece mi nombre.

Supervisión musical de Lennon Park.

Richard se mete ambos índices en la boca para silbar y gritar a una sala ya vacía que esa de ahí soy yo. Así es él, un hombre de costumbres; por eso, aunque protesta porque ensucie la sala con palomitas una vez más, nunca deja de regalarme el cubo gigante. Quizá lo hace porque sabe que sigo

necesitando este desahogo. Puede que también guarde la esperanza de que deje de hacerlo algún día y simplemente me una a él para celebrar que mi nombre sale en los créditos de la película más laureada de los últimos cinco años en los premios de cine independiente en Belice. Cabe la posibilidad de que lo haga para que no me olvide de eso. Sin embargo, yo lo enterré y la única explicación que encuentro al hecho de seguir acudiendo a este encuentro con Richard es que el pollo frito de Annie es único, extraordinario y gratis.

Sea como sea, el próximo primer lunes de mes, volveremos a tener esta cita.

Aunque ha dejado de llover, llego más tarde que de costumbre a Buddy's. Nadie se gira para ver quién acaba de entrar por la puerta porque todos miran hacia el escenario. Los hombros se me descuelgan al ver otra imitación barata de Alanis Morissette tras el micro.

No canta mal, la canción es pegadiza, pero mantengo los latidos del corazón imperturbables y la piel insensible tras escuchar tres estrofas.

Patty me llama desde detrás de la barra con un dedo atrayente y un gesto apremiante. Avanzo evitando pasar entre las mesas, pegándome a una pared sobrecargada de pósteres descoloridos y despegando las suelas de algo denso y pastoso a cada paso.

—Aquí tienes. —Pone sobre la barra húmeda una pila de seis CD—. No sé cómo se ha podido correr la voz así, pero si siguen usando mi bar como posible puente hacia el estrellato, voy a exigirte algo de reconocimiento.

—¿No te vale con mis consumiciones?

—¿Con un cuenco de cacahuets y una cerveza? —Suelta un bufido y mantiene las manos apostadas en las caderas.

—También sabes que te llevo en el corazón. —Arrugo la nariz y le sonrío.

—Tú no tienes corazón, Lennon. —Patty suelta el vaso de cerveza frente a mí provocando que se derrame líquido sobre la madera envejecida de la barra.

—Pero sabes tan bien como yo que todos los que se suben ahí —señalo con la barbilla hacia el pequeño escenario que hay al fondo del bar— lo hacen con la esperanza de que *yo* esté aquí cada noche escuchando. Todos creen que son joyas por descubrir, que me enamoraré con locura de alguno de sus temas, y que al ponerlos en mi programa de radio, triunfarán. Y aunque solo ha pasado dos veces en cuatro años, eso es algo que ignoran todos los amigos y familiares que se sientan en tus mesas y llenan tu bar. Repito: gracias a mí.

—¡Si todos esos consumen menos que tú! —protesta Patty, y da por zanjada nuestra conversación tras dar un golpe seco sobre la barra al servirme el cuenco de frutos secos.

Ojeo los CD y deshecho directamente el que reconozco que pertenece a la cantautora que ahora mismo aburre hasta a las bombillas fundidas que cuelgan del escenario. Remuevo con el índice los cacahuets y dejo que la estridente voz de la cantante se filtre en mi cerebro mientras evalúo el hecho de que, si Richard hubiese recibido un *mail* de Dustin, me lo habría dicho. Pero no lo ha hecho, ni me ha mirado raro ni ha soltado ningún comentario sospechoso. Así que, por ahora, Dustin parece «necesitarme» solo a mí. ¿Qué demonios querrá?

Dejo cinco dólares sobre la barra a pesar de que no he llegado a comer ni un solo cacahuete y cojo el autobús para ir a casa mientras mi mente emplea todo el recorrido en repetir una y otra vez la misma pregunta: «¿Por qué ahora?».

Me bajo en la parada que hay en el cruce de la calle Alameda con la Tercera. Mi intención es desestresarme con un par de partidas al Bubble Bobble en EightyTwo, pero al ver las puertas cerradas y las luces apagadas, recuerdo que el sa-

lón recreativo cierra los lunes. De mi boca sale un bufido de fastidio mientras en mi mente suena la canción *Take on me*, de A-HA, porque los recreativos me teletransportan siempre a los años ochenta.

Dejo atrás Little Tokyo; esta noche no necesito pasar por el mercado para coger algo de cena, ya que mi estómago ruge de anticipación a causa del aroma a pollo frito que sale de la bolsa de tela que llevo colgada al hombro.

Vivo en un pequeño *loft* situado en unos antiguos almacenes de harina. No hay ascensor ni mucha luz, pero la calle, algo alejada de la avenida Santa Fe, es tranquila. Los ocupantes de los otros *lofts* cambian con frecuencia. Son, sobre todo, viajeros, trabajadores temporales y recién divorciados. No hay necesidad de entablar relación con ellos, lo que agradezco, porque así no se inmiscuyen en mis asuntos. Eso era exactamente lo que buscaba cuando salí a los dieciocho años de Sunburst, la comuna de *hippies* en la que crecí: que nadie me reconociese por la calle, pasar desapercibida, realizarme como individuo en lugar de como grupo. Estaba tan cansada de compartirlo todo con todos...

El barrio es bonito, con todas esas muestras de arte urbano como forma de expresión a la vuelta de cada esquina, pero me gusta sobre todo porque está a la sombra que proyectan los enormes rascacielos que hay unas calles más al oeste. Es un contraste fascinante, hay libertad real, un millón de ofertas de todo tipo y un hueco para mí. Además, el alquiler, que incluye televisión por cable, es asumible para mi bolsillo.

En cuanto subo a pie los dos pisos y descorro la puerta metálica que pinté de color amarillo cuando me mudé, descubro que algún mensajero ha colado un paquete en el interior por la rendija con tapadera móvil que hay en el centro. Ha aterrizado solitario a un metro de distancia de la entrada, justo en el lugar exacto donde la luz de la luna entra por la

ventana para iluminarlo como si lo hiciera el foco de un escenario de teatro.

Sé lo que es sin necesidad de abrirlo. Yo también conozco a Dustin a la perfección.

Ignorando el paquete del suelo, camino hacia la isla metálica que destaca en la esquina izquierda del *loft* para dejar la bolsa de tela encima. Me descuelgo de los hombros la mochila llena de CD y la dejo en uno de los taburetes altos que están a un lado en hilera. Abro el grifo del fregadero para lavarme las manos y, finalmente, le quito la tapadera al recipiente meticulosamente preparado por Annie. Le doy grandes bocados al pollo crujiente por fuera y deliciosamente tierno por dentro, con los ojos entornados y enfocados en el envío de aquel que se convirtió en mi amigo tras mi último curso en la universidad.

Mi mentor, mi oportunidad, mi primer creador de suspiros. Su cómplice, su celestino, su escudo, su excusa.

Ceno más de lo habitual y con el estómago pesado me dirijo a la ducha camuflada en una esquina tras una pared de ladrillos levantada a mitad del techo. El paquete sigue en el suelo como si fuera una nueva pieza de decoración, aunque el color del envoltorio desentona con el tono grisáceo del piso, por lo que verlo me provoca la misma sensación inestable de tener un cuadro torcido junto a una serie alineada en la pared, o de encontrar un CD de los Rolling Stones metido en una carcasa de los Beatles.

Paso poco más de cinco minutos debajo del agua. Llevar el pelo corto a ras de la mandíbula me ha facilitado la vida. Solo necesito sacudirlo un poco con la toalla, pasarme el cepillo una decena de veces de derecha a izquierda y agitar la cabeza para que los mechones se separen y se terminen de secar. Cojo sin mirar una camiseta de las grandes para usarla como pijama y unas braguitas cómodas de algodón.

Estoy cansada, ya son las doce y media, y lo único que me apetece es caer de espaldas sobre el colchón carísimo que me compré hace cuatro años y que sigue siendo el mayor tesoro en estos veinte metros cuadrados. Sin embargo, sé que no voy a pegar ojo, que terminaré con los párpados levantados mirando hacia un techo descubierto y cruzado por un montón de tuberías en las que aproveché los restos de pintura amarilla. Por eso, me levanto con fastidio, recojo el paquete del suelo y lo lanzo de mala gana sobre la cama. Le doy varias vueltas entre las manos antes de rasgar la lengüeta de apertura.

Un paquete de folios encuadernado con una cubierta de cartulina azul grisáceo cae en mi regazo. No hay una carta que lo acompañe, tan solo un pósit donde destaca la letra estirada y elegante de Dustin con su número de teléfono apuntado.

Te necesito.

¿Por qué demonios me envía su número de teléfono?
¿Cree que lo he borrado?

¿Piensa que después de tantos años mi memoria lo ha eliminado junto con la fecha de su cumpleaños? Hago una pelota diminuta con el pequeño papel amarillo y la lanzo sin éxito hacia la papelera que hay junto a mi escritorio, situada a tan solo unos tres metros de la cama. Y por fin, tras ponerme las gafas, paso la cubierta de lado y comienzo a leer el guion de *Verano en Acuario*.